

por que se cerró la cámara de los comunes á las damas fué, porque su presencia era origen de demasiadas distracciones, y porque muchos miembros llegaban hasta el punto de olvidar los negocios que se trataban en las discusiones, por tener el placer de conversar con las hermosas censoras de las galerías; de modo que se hizo materia de importancia nacional el desterrarlas de allí, y en efecto fueron desterradas. Mucho tiempo ha de pasarse todavía, para que la legislatura americana se vea en la necesidad de votar una lei provocada por tales abusos. Con todo una señora de Washington me refirió una anécdota, que iba hasta probar que la mejora intelectual de las mugeres produciría un cambio en las maneras de los hombres. Díjome que, cuando las Misses Wrights, estuvieron en Washington con el general Lafayette, solían asistir con frecuencia á las discusiones de la cámara, y que los miembros mas distinguidos estaban siempre junto á ellas. Por este galanteo tan desusado se excusaban con sus hermosas compatriotas, diciéndoles que si ellas tomáran igual interés en sus debates, las galerías estarían siempre ocupadas por los representantes. El privilegio de asistir á estas discusiones tendria mucho mas valor, si pudiera oirse mejor á los oradores desde las galerías; pues, á pesar de toda mi atencion, nunca

pude seguir los discursos de mas de un representante ó dos, cuyas voces eran en extremo claras y sonoras. En realidad costaba mucho trabajo oír; pero la suma belleza del edificio bastaba por sí sola para atraernos con frecuencia. Era sin embargo una verdadera mortificación ver aquel magnífico salon adornado con tanto lujo, gusto y suntuosidad, lleno de hombres sentados en las posturas mas indecentes, la mayor parte de ellos con los sombreros puestos, y casi todos escupiendo con tanto exceso que la decencia me prohibe toda descripción.

Entre la multitud que debe incluirse en esta lista se distinguian unos cuantos que estaban sin sombrero, y ocupaban sus asientos como las personas racionales, sin tenderse ni echarse los pies por la cabeza. Siempre que pregunté el nombre de alguno de los que formaban estas excepciones me respondieron que era Mr. tal ó Mr. cual de Virginia.

Un dia tuvimos la fortuna de colocarnos en los sofases que estan entre las columnas sobre el pavimento del salon, por estar cerradas las galerías á causa de ciertas reparaciones que habian emprendido, con la esperanza de mejorar aquella parte de la cámara ocupada por los miembros, y tan sorda que todo el mundo

se queja de que nada se oye desde allí (*). En nuestros sofases nos apercibimos de que se oia mucho mejor en la parte baja que en la parte alta del edificio, y nos divertimos infinito con la ruda elocuencia de un orador, verdadera mezcla de *caballo* y *caiman* del Quentuqui, que invitó repetidas veces á la asamblea á « ir á todo el cochino » (go to the whole hog).

Si no me engaño, todas las discusiones que presencié en el Congreso Americano se redujeron á un asunto único y constante, á saber: la independenciam total de cada estado con respecto al gobierno federal. Esta rivalidad me pareció el sentimiento político mas extraño que apoderarse puede de la imaginacion del hombre. No pretendo determinar el fundamento de tamaña cuestion ni la solidez de esas pretensiones; hablo solo del singularísimo efecto que produjo en mí el ver á aquellos

(*) Puede citarse en confirmacion de este defecto un pasage de uno de los debates referidos por los diarios, sobre las mejoras que se debian intentar en el edificio. Un miembro propuso que se suspendiera un cielo de cristal á quince pies de elevacion sobre la cabeza de los individuos de la asamblea. Un orador dijo en apoyo de la proposicion : « Los miembros entonces oiran á lo menos lo que se habla en la cámara, ventaja que ahora no tienen muchos de ellos, con respecto á mas de la mitad de las proposiciones sobre que tienen que dar su voto. »

hombres, levantándose uno tras otro con el mayor celo, para declarar que la mayor injuria, la mas vil injusticia, el acto de tiranía mas detestable que podia hacerse al estado de que tenia el honor de ser miembro, era el votar algunos millones, con el objeto de construir caminos y canales que facilitarían sus comunicaciones, ó de proporcionar al comun de los ciudadanos de toda la federacion cualquiera otra ventaja.

Durante el mes que estuvimos en Washington, oí hablar mucho acerca de la exclusion reciente del Congreso de un miembro, que por el consentimiento unánime de todo el mundo era de los mas estimados de la Cámara, y, si mal no me acuerdo, el padre de ella. El crimen que atrajo á este individuo tanta severidad de la parte de sus propios amigos y admiradores, fué el haber dado su voto aprobando un desembolso del tesoro público con el objeto de secar un sitio malsano y pestilente llamado « el charco fatal. »

Uno de los grandes puntos de jactancia de aquel pais es el que no tienen deuda nacional, ó que no la tendran en dos años. Esto no parece mui extraordinario, cuando se considera la tarifa de sus productos, y que el sueldo que pagan á su presidente es de seis mil libras esterlinas ó 30,000 duros al año; siendo en

proporción los demás sueldos de los empleados del gobierno, y mirándose como contrario á la constitución todo voto que para cualquiera mejora interior, cuente con el tesoro del gobierno. (1) La Cámara del senado es como la sala del Congreso un semi-círculo aunque de dimensiones mucho menores. Está elegantemente adornada, y, lo que es todavía mejor, los senadores, generalmente hablando, parecen gente decente. No están con el sombrero puesto, ni, pasada ya á su edad la fuga de la juventud, tampoco levantan los talones por encima de la cabeza. Quisiera poder añadir que no escupían; pero ¡ai! «mi juramento está en el cielo,» y no me es dado faltar á la verdad.

Una hermosa estancia con un soberbio balcón de piedra sirve de biblioteca á los miembros del congreso. La colección de obras que la forma, según me permitió juzgar la rápida ojeada que pude dar de paso, es muy semejante á la de la librería de un caballero inglés particular, aunque con menos latín, griego, é italiano. También está elegantemente alhajada aquella pieza con una rica alfombra de Bruselas, mesas de estudio y grandes cartones de grabados, con sillones, abundantes sofás y demás muebles necesarios para el trabajo y la comodidad. La vista que se descubre desde el balcón es admirable, con lo que parece la es-

tancia de la biblioteca la mansión de la opulencia y del gusto.

No trato de emprender ahora la descripción de habitaciones de un edificio tan vasto, mas no puedo pasar por alto la magnífica rotunda del centro, que es verdaderamente un soberbio salón de cien pies de diámetro, de una elevación imponente, y con una ancha cúpula por donde recibe la luz.

Casi todas las pinturas (excepto las de los cartones) parecerían plastas pegadizas en esta pieza por la inmensa elevación de sus paredes; pero los asuntos de los cuatro cuadros que han colocado allí, son de un interés histórico tan elevado que en cualquiera parte están ciertamente como en su lugar á fuerza de recuerdos nacionales. Uno representa el acto de firmar la declaración de la independencia; otro la abdicación de la presidencia por el gran Washington; otro la victoria famosa obtenida por el general Gates en Saratoga; y el cuarto.... no me acuerdo bien, pero me parece que es otra escena militar en conmemoración de una victoria, creo que la de York-Town (2).

Debe mencionarse otro objeto, si bien ocupa una parte tan oscura del Capitolio que uno ó dos miembros, á quienes hablé de él, no conocían su existencia. La parte inferior del edificio, un piso bajo la rotunda, etc.,

contiene una porcion de cuartos, despachos de comisiones, oficinas y otros lugares para el servicio público. En una sala que conduce á varios de estos despachos, el cielo raso está sostenido por columnas, cuyos chapiteles me sorprendieron por la belleza particular de su obra. Estos estan compuestos de mazorcas y hojas de maiz graciosamente combinadas, y formando un contorno tan elegante por lo menos como el que forma el acanto mismo. Este fué el único caso en que yo ví que el ingenio americano se haya aventurado á llevar á cabo una tentativa de originalidad nacional : el éxito mas completo ha coronado el esfuerzo. El sentimiento de la propiedad realza siempre los efectos de la hermosura. No entablaré yo ahora una larga disertacion sobre la materia; pero si América con la inmensidad de su territorio, los tesoros inagotables de sus bellezas naturales, y su grandeza solitaria, fuera menos imitadora, seria infinitamente mas pintoresca é interesante.

El presidente recibe con regularidad todos los miércoles por la noche : sus reuniones se llaman *levées*; la última sílaba de esta palabra la hacen todos tan larga quanto les es posible, y como tanto los Franceses como los Ingleses la pronuncian de una manera diametralmente opuesta, su efecto, á causa de la repeticion

frecuentísima que de ella se oia en todas las sociedades, es en extremo raro, y tanto que al principio me parecia que era moda hablar silbando en los dias de reunion pública. Las salas de recepcion son hermosas, particularmente el gran salon que está elegantemente adornado, ó mejor diré, alhajado con esplendor, lo que ha tenido lugar despues de la visita del capitan Hall, cuyas observaciones sobre el estado de esta pieza, han contribuido quizas á promover su adorno; pero hai varias anomalías en algunas partes del aparato, que no son mui conformes á las costumbres de corte. La sociedad es poco mas ó menos como la que concurre el dia de pascua al baile del lord Mayor de Londres.

Las iglesias de Washington son bellísimas; los templos de los episcopales y los de los católicos se llenan de mugeres elegantemente vestidas; sin embargo observé que van muchos mas hombres á la iglesia en Washington que en ninguna otra parte de la Union.

Las damas presbiterianas van á la iglesia tres veces al dia; con todo la asistencia religiosa en Washington los domingos es mucho menos escrupulosa que en las demas poblaciones americanas. Las gentes se pasean, y no hai cadenas en las calles, como en Filadelfia, para

impedir el pasearse en carruage ó á caballo, si alguno quisiere hacerlo.

Las mugeres se visten bien, aunque no con tanta pompa como en Baltimore. Tambien observé que no era mui extraordinario en Washington ver á una dama tomar el brazo de un caballero, aunque no fuera su marido, su padre, ni su hermano. Esta relajacion notable del decoro americano proviene acaso del egemplo de los ministros extrangeros y oficiales de sus legaciones.

Como á una milla de la ciudad, sobre el alto terrero que acabamos de describir, hai un sitio lindísimo, á que su dueño ha dado el nombre de Kaleirama. Su espacio no es de consideracion, ni su aspecto sorprendente, pero da vista á una perspectiva deliciosa, y tiene detras un pequeño bosque que cubre un terreno quebrado, el cual descende hasta un riachuelo fresco y sombrío, tan cerrado entre rocas y cubierto de verdura que pudiera servir de baño meridiano á Diana y sus ninfas. El recinto del bosque está todo esmaltado de flores silvestres, pero tan bellas y lozanas como las que cultivamos con esmero en nuestros jardines.

Una barca cruza el Potomac en Villa-Jorge, y á unas dos millas de distancia, en el lado de Virginia está Arlington, residencia de Mr. Cus-

tis, nieto de la muger del general Washington. La vista de esta residencia es mui bella, y el pórtico de columnas corpulentas y blancas que adorna el frontispicio de la quinta, situada en una eminencia á que sirve de fondo un terreno cubierto de bosques, forma un punto admirable de vista en el paisage. En Villa-Jorge hai un convento de monjas, donde se educan varias señoritas, y á corta distancia de él han establecido los Jesuitas un colegio para la educacion de los jóvenes, en el cual dicen sus advertencias que *se enseñan humanidades*.

Oimos misa en la capilla de las monjas: las voces de las religiosas que cantaban hacian un coro mui agradable. La abadesa, cubierta de un velo transparente y con las formas aéreas de una sombra, vista por entre una celosía y detras de una cortina negra, pero recibiendo un débil rayo de luz que pasaba por la ventana gótica que estaba á su espalda, fijó mucho tiempo nuestra atencion: todos sus movimientos, sus gestos, sus genuflexiones, y aun su accion rezando el rosario, se distinguian bien, aunque tan confusamente que la imaginacion podia representarse en ella un ser, que habia salido del reino de la vida y andaba errante en los confines del mundo de las sombras.

El convento tiene una cerca considerable,

dentro de la cual solia yo ver desde las alturas que la dominan, las figuras sombrías de las religiosas cubiertas de espesos velos negros, que les daban una apariencia lúgubre cuando se paseaban con paso lento y majestuoso.

La señora americana, en quien hizo el príncipe de Hohenlohe uno de sus mas famosos milagros estaba entonces en Washington y nos la enseñaron. Todo el mundo asegura que su curacion fué maravillosa.

.....

Habia en Washington, en el tiempo que estabamos allí, muchos extrangeros, particularmente Franceses. En Paris he observado con frecuencia que está en moda hablar de los Estados-Unidos como de una nueva Utopía, con especialidad entre la juventud liberal que antes de la elevacion de Luis-Felipe se imaginaban que una nacion sin rei era la tierra de promision; pero algunas veces pensé que esta, como todas las demas cosas de un órden superior, perdía algo de su brillantez cuando se examinaba de mui cerca. La pregunta y la respuesta siguientes fueron el prelude de una conversacion que oí, y en que eran los interlocutores dos jóvenes franceses, que al parecer se habian encontrado por la primera vez (3).

— « Eh bien, Monsieur, comment trouvez-vous la liberté et l'égalité mises en action ? »

— « Mais, Monsieur, je vous avoue que le beau idéal que nous autres, nous avons conçu de tout cela à Paris, avait quelque chose de plus poétique que ce que nous trouvons ici! (*) »

En otra ocasion me divertió muchísimo el tono con que respondió uno de estos jóvenes á la pregunta que le hizo otro Frances. Una muger de lindo parecer, pero enteramente falta de donaire y buen talante, estaba sola á poca distancia de ellos, y casi pegado á ellos estaba un caballero de la apariencia mas grosera. « Qui est cette dame? » preguntó el uno. « Monsieur, » dijo mi joven atolondrado con un gesto indefinible, « c'est la femelle de ce mâle, » indicando su vecino con un fruncimiento expresivo de labios (**).

El teatro no se abrió mientras estuvimos en Washington; mas cuando empezó la temporada, nos aprovechamos de nuestra proximidad

(*) — « Y qué tal, caballero, ¿ qué os parecen la libertad y la igualdad puestas en planta? »

— Os aseguro, señor mio, que la idea remontada que nos hemos trazado de todo eso en Paris, tiene mas de poética en nuestro pais que de verdadera aqui. »

(**) — ¿ Quién es esa señora? »

— La hembra de este macho.

dad á la poblacion para visitarlo. La sala es mui pequeña y sorprendentísimamente sucia y mal decorada, considerando que es el único sitio de diversion pública que tiene la ciudad. Ya he hecho mencion de la falta de decencia que reina en el teatro de Los-Cincinatos; el de la capital, por lo menos, rivaliza ciertamente con él en libertad de acciones y posturas, libertad que desdena las restricciones de la cultura y civilización. Un pobre hombre de los que estaban en el patio, se sintió atacado de un vómito violento, mas no por eso dejó su sitio, ó hizo el mas leve esfuerzo para contenerse. Afortunadamente se desahogó con felicidad, sin que eso incomodara ó sorprendiera de ningun modo á sus vecinos; al contrario, la coincidencia dichosa de representar en aquel mismo momento un actor el papel de médico, fué celebrada por muchos de los espectadores como una oportunidad excelente, de que se valió el personage de la escena, diciendo : « Me parece que en otra parte se necesita mi oficio. » Este chiste americano excitó una tempestad de aplausos.

El gargageo fué el acompañamiento obligado, que continuó sin interrupcion todo el tiempo que duró el teatro: y ni uno de cada diez individuos de la parte masculina del ilustre auditorio legislativo estaba sentado como

se sientan las personas; unas veces echaban las piernas por cima del palco, otras al otro lado; aquí se veia tendido á la larga á un senador, allí montado á caballo entre dos bancos á un representante; y muchos ciudadanos preferian sentarse sobre el borde del tablado.

Yo ví á un jóven, cuya hermosa persona y esmeradísimo vestido hacian creer que era sujeto de primera clase, lo que yo no dudo, sacar del bolsillo de su chaleco de seda un trozo de tabaco y zampárselo dentro de la megilla.

Yo estoi inclinada á creer que esta costumbre tan universal como villana de mascar tabaco es causa de la particularidad notable que se ve en la fisonomía de los hombres de la América septentrional, donde casi todos tienen los labios delgados y comprimidos. Al principio me explicaba yo un rasgonta singular por la teoría de Lavater, y lo atribuia al temperamento árido de los hijos de aquel pais. Mas es demasiado general para que admita esa explicacion, mientras la costumbre mencionada, que domina todas las clases (excepto la literaria) lo explica perfectamente, pues el acto de chupar el jugo de esa yerba asquerosa hace que los labios tomen exactamente la posicion habitual, que da al semblante de los Americanos tan notable singularidad.

Mientras estuvimos en Washington, murió

un miembro del congreso, y me sorprendieron la pompa y dignidad de sus exequias. Parece que siempre que muere, durante la sesion, un senador ó miembro del congreso, lo entierran á expensas del gobierno (no perteneciendo esta ceremonia al artículo de mejoras interiores), y los parientes y amigos del muerto no intervienen en las disposiciones del entierro, que se convierte en materia de estado. El órden de la procesion me pareció tan grande y majestuoso que lo anoté entonces, y lo transcribo ahora, porque me parece que agrada á los lectores.

Capellanes de las dos cámaras.
Médicos que asistieron al difunto.
Comision de disposiciones.

EL CUERPO,

(Paño fúnebre sostenido por seis Miembros.)
Parientes del difunto con los senadores y representantes del estado á que pertenecía, formando el duelo.

Sarjentos de armas ó maceros de la cámara de representantes.

La cámara de representantes,
precedida de su orador ó presidente y su secretario.
El senado de los Estados-Unidos,
precedido del vice-presidente y del secretario.

EL PRESIDENTE.

La procesion fué de una extension considerable; pero no iban en ella á pie, y los mas

de los carruages eran alquilados. El cuerpo fué sepultado en un cementerio abierto vecino á la ciudad, y aunque no ví el monumento erigido en esta ocasion, presumo que seria semejante á otros varios que habia ya visto en el mismo cementerio, consagrados á la memoria de los miembros del Congreso que habian muerto en Washington; es decir: unas masas cuadradas de mampostería sin pretension alguna de magnificencia.

